



Otro, semejante-enemigo¹

MARTA LABRAGA²

Siempre evoco a Mark Twain, que decía en alguna de sus páginas: «Yo tenía un hermano gemelo. Uno de los dos murió». Esta ocurrencia del escritor condensa el abismo del desconocimiento profundo de quién es el *otro* para cada uno de nosotros, aunque la semejanza, la especularidad, la similaridad aparezcan fenoménicamente. Es a mis queridos amigos, analistas y escritores Daniel Gil y Marcelo Viñar a quienes les dedico hoy estas páginas, los que nos abrieron, en tiempos muy oscuros del país y de América Latina, caminos de reflexión sobre el psicoanálisis, las ciencias sociales y la historia, además de la filosofía y la literatura, esos *otros*, otras disciplinas, a escuchar y considerar siempre para no caer en los aislamientos de las desmentidas y de las especificidades rígidas.

Este ternario de conceptos, «Otro, semejante-enemigo», que solo valen en su relación mutua, nos lleva a tratar de delimitar desde dónde los enunciamos y también desde qué condición subjetiva se los puede deslindar, cuando toda nuestra constitución psíquica nace de sus efectos, y ellos orientan nuestra intimidad, los trazados de la subjetivación y lo colectivo en la socialidad.

Intentaré atravesar la dimensión conceptual acerca de cómo el Otro -el semejante y el enemigo- aparece, y cómo deviene uno en otro. El semejante

1 Este texto retoma mi intervención en la apertura de las jornadas «Otro, semejante-enemigo», que se realizaron el 4-5 de septiembre de 2020, organizadas por la Comisión Científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. martalabraga@gmail.com

-ese *otro* cuerpo y ser humano que queremos que sea un igual, en la especularidad que nos es constituyente de origen, ansiada siempre como sostén y reconocimiento narcisista- puede convertirse, en determinadas condiciones, de *semejante* en *amenazante* por su misma cercanía. Y porque el yo, también inconsciente, en su desconocimiento no «sabe» qué representa el otro para él. Puede fallar o faltar la *distancia de rescate*³, y entonces la agresividad y hostilidad lo convierten en enemigo. En este punto, me interesa no superponer la hostilidad al odio (que se actualiza en la historia, por ejemplo, como racismo y odio xenófobo). Prefiero pensar desde la constitución misma del sujeto en la *tensión agresiva* inicial, la del *estadio del espejo*, como la desarrolla Lacan (1966/1988b), y no el odio, que es una emoción y una pasión muy compleja, en la que todos los destinos de la filiación están comprometidos.

La deriva del psicoanálisis y las letras nos permite seguir el hilo de lo *extranjero* que subtiende estos términos en las tres dimensiones del discurso psicoanalítico, lo imaginario, lo simbólico y lo real, y pensarlos desde lo extraño o la extranjería del sujeto consigo mismo y con los otros; no solo ¿quiénes son?, sino ¿qué quieren de mí?, ¿qué desean?, ¿cómo me ven? ¿Y por qué les veo el *parecido* [*semblant*] si lo que espanta es que parecen muy diferentes y puede ser que sean idénticos a mí en todo lo que les *falta*? Esos *otros* semejantes son continuamente *hacedores* de mi subjetividad, aunque no pueda reconocerlos, y conjuran y hacen aparecer un enemigo cuando surgen las formas de la rivalidad y la competencia narcisistas. El yo es diferente al sujeto en su exterioridad de origen y se vuelve función de desconocimiento cuando se ve bajo la forma del otro especular. Pero el sujeto tampoco está dado de entrada y fijo, sino que podrá advenir, dividido, siempre en relación con la alteridad del otro que lo hace revelarse, como desarrolla Foucault en su seminario *La hermenéutica del sujeto* (1981-1982/2001). Ambos, el yo y el otro, son objetos imaginarios que no saben, desconocen todo uno del otro, ese es *el mal del otro*. No podemos estar en una socialidad sin velo con el semejante, ni cada uno puede decir que es *como todos*, sin agregarle cierto *desvío* que permite que, en medio de la sociedad, hagamos *como si*, hagamos *semblant*. Por eso el semejante

se puede volver desemejante y amenazante, por una *identificación mítica con el adversario*.

El prójimo nunca es prójimo hasta que lo convertimos en tal por un *Arbeit* de despojamiento de nuestros lazos narcisistas, como la búsqueda de fusión, de unidad, de especularidad. Ese trabajo íntimo serviría para poder hacer de otro ser un otro discriminado y otro no dañino. Pero su cercanía es riesgosa porque nos *muestra*, por su misma existencia, algo ominoso y rechazable, *nuestro*, pero desconocido, en lugar del reflejo. Y, tal vez por eso, ese prójimo, como encontramos en Lacan (1968/2008), es «la inminencia intolerable del goce» (p. 171).

Y lo extranjero está entrelazado en este recorrido triádico que aparece en el decir vacilante del análisis, en su «fragilidad», como le llama Allouch (2014). Para esto concebimos la mediación del Otro, de esa referencia permanente de lo humano a algo que sostenga, dé sentido y garantice el vivir; algo de un *orden* imposible, que no existe como cerrado y completo, algo que sostuviera la marejada pulsional de cada sujeto en su goce y de las sociedades en las formas de administración del poder, tal como la ilusión de lo simbólico que deseáramos continuo y recubriendo todo lo real. Esa aspiración hace concordancia con la inestabilidad del sujeto y del yo, destrona la ilusión de una unidad imaginaria sin fallas y retoma lo que Marcelo Viñar denomina siempre como el «desasosiego identitario» que es permanente en el sujeto. El Otro, como la lengua –en la expresión de de Saussure (1916/1965), «tesoro de los significantes»– nombra una exterioridad, anterioridad y ajenidad radicales al sujeto, en su inconsistencia estructural y su inexistencia que nos atraviesa, en esa imposible propiedad de la lengua –en el decir de Derrida, la lengua no se tiene, ¡se es!–. Por eso el Otro aparece imaginarizado siempre de modos diferentes totalizadores, como Dios, Rey, Estado, Patria, Pueblo.

Por otra parte, ese Otro también es la causa de la primera intromisión, intrusión del *otro* en el cuerpo del *infans*, marcado por las inscripciones del *semejante auxiliador*, por su erotismo consustancial, tal como lo piensa Freud en su *complejo del prójimo*.

Desde el momento en que el ser humano no tiene existencia por sí mismo y depende del otro, las distintas ontologías se han percatado que este

«otro» va más allá de un prójimo o un semejante. Para que ese vínculo se pudiera establecer era necesaria la (inter)mediación del Otro, cuyo carácter es simbólico. (Gil, 2007, p. 199)

Y, en el presente, lo que llamamos decaimiento epocal del Otro aumenta siempre su inconsistencia estructural y es simultáneo al desmesurado exceso de la violencia simbólica entre los grupos y sus ideales del yo, de dominio y exclusión, así como de las formas múltiples de violencia de unos a otros en el contexto económico, político y social contemporáneo. Discriminación, exclusión, destrucción es la tríada que acompaña en paralelo la constitución subjetiva, y es escandaloso el modo en el que infiltra nuestro presente (desplegado en los regímenes políticos y económicos de poder) y no se dirige solo al diferente, al extranjero, por raza, color, procedencia o conducta, sino también a una violencia estructural que atraviesa toda cultura.

Lacan (1968/2008), como Freud, se aleja, aunque de modo diferente, del mandamiento cristiano «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», y dice: «No hay prójimo salvo ese hueco mismo que está en ti, el vacío de ti mismo» (p. 24). El hueco de una falta y una falla que provocan torturas y angustias en el sujeto y que van junto, en el análisis, con el grado de perturbación y lo intolerable, en los tiempos transferenciales de la disparidad subjetiva y la destitución subjetiva. ¿Cómo entenderlo?

Como solo nos acercamos por aproximaciones, sostendría que en cada uno de nosotros aparece un nudo de constitución íntima y misteriosa, *el núcleo del disturbio*⁴, un punto de enigma y de goce metaforizado de modos diferentes, en el que se puede encerrar quién es para cada sujeto ese *otro*, desde dónde surgen sus rechazos, odios y fobias. Punto singular e individual, pero cuyas marcas atraviesan las generaciones. Se repite en la novela familiar o en lo distintivo de cada grupo, más allá del malestar en la cultura, quién es amenazante, enemigo, hostil, o quién puede vivirse como verdaderamente semejante y prójimo en el ansia de encuentro con un *yo no dañado*. Ese *otro* es vivido como un mal ancestro, un ser dañado, enfermo o culpable, una madre loca, un hermano enfermo, un padre del

4 Título de la primera novela de Samanta Schweblin, de 2002.

destrato o la indiferencia, figuras que podemos costosamente seguir en el análisis, y a lo mejor ese es el modo de acotar el lugar del sujeto en el fantasma y borrar de él la rigidez binaria del amor y el odio, del bien y del mal, y de la mujer y el hombre.

Agrego que, de esos quiebres y brechas subjetivas, y del núcleo mismo del disturbo, puede salir también la creación artística, el amor, la filiación. No podemos concebir solamente el otro del crimen y del odio, sin el otro del arte naciendo de abismos cercanos. Reaparecen conectados con las marcas del acontecimiento sexual, que conjuga siempre algo de lo traumático inexplorable en experiencias límite como el amor, el análisis o la guerra; el escenario inconsciente hace aparecer en sus derivas lo *fuera de lo común*, el *diferente*, el *deforme* o lo *enfermo*. Siempre con connotaciones de lo extraño y extranjero, como decía una paciente acerca de su hijo severamente discapacitado: «es de otra raza», y cuando veía en la calle azarosamente a alguien semejante, lo llamaba «los de la raza». En los sueños y sus asociaciones, surgían formas de esa *dirección hacia* lo desconocido, ominoso y gozoso, y en esas experiencias privilegiadas aparece el sujeto en relación con un Otro absoluto y con *otros* múltiples, cambiantes, temidos y gozados. Sobre todo aparece la relación con *otro* más allá del plano imaginario, y por eso más allá de toda intersubjetividad, como en el análisis en el que podemos alcanzar lo desemejante radical. En el seminario 2, Lacan (1954-1955/1988a) decía acerca del análisis y del sueño:

la imagen de la dislocación, del desgarramiento esencial del sujeto. El sujeto pasa más allá de ese vidrio (no espejo) donde sigue viendo, entreverada, su propia imagen [...]. Es el cese de toda interposición entre el sujeto y el mundo [...], pasa a una [...] a-lógica. (p. 266)

También podemos seguir esos puntos de goce en «la huella de los antiguos crímenes», esa frase de *Edipo rey* de Sófocles que ilumina toda la tragedia griega y que encontramos en otra presentación excesiva del sujeto en el fantasma: el *héroe*, el *militante*, el *santo*, el *sufriente salvador*, el *valiente*. Siempre la marca que destaco es el exceso, la desmesura y el *hybris* griego, expansión, grandiosidad o locura. ¿Clave y llamado a la castración?

Por eso, en lugar de «casos clínicos», son las ficciones de las letras las que sigo especialmente, porque la verdad tiene estructura de ficción y porque la ficción crea formas que son aun más fuertes que el vivenciar individual, si este pudiera ser transcrito, como aparece aludido en Freud: la incertidumbre para el lector entre entrar al mundo real o al fantástico⁵.

Así, evoqué varias lecturas mientras escribía estas páginas: *El extranjero*, de Albert Camus, de 1942; *El dolor*, de Marguerite Duras, de 1985; *El informe de Brodeck* de Philippe Claudel, de 2008.

En esta última novela aparecen todos los lugares y las funciones de los que hablamos, en un juego de tiempos en el cual la redacción del Informe que le piden al protagonista, Brodeck, el único que no participó en el asesinato del Anderer, es al mismo tiempo el relato de su vida hablándole a ese otro, que lo escucha en respetuoso silencio. Relato de su retorno de los campos como sobreviviente, que se va convirtiendo, también, en la escritura de la novela misma. Frente a la llegada del extranjero al pueblo y su posterior asesinato, dice Brodeck:

Nunca supimos su nombre. Pero para mí siempre fue el Anderer, el Otro, quizá porque además de venir de no se sabía dónde, era diferente y de eso yo sí que entendía; *a veces debo confesarlo, incluso tenía la sensación de que éramos la misma persona.* (p. 12; destacado propio)

Agrega que tenía una voz de ángel (p. 213) y una sonrisa que «no era de este mundo» (p. 215), pero se volvió enemigo, amenaza para el pueblo por diferente, ¿el pueblo no puede sobrevivir sin excluir y matar?

Esta novela muestra, paso a paso, el rechazo, la desconfianza y el odio que despierta la alteridad, la extranjería del *otro* del que se desconoce el origen y se lo imaginariza de formas terribles: «Él tampoco pertenecía a nuestro mundo. Ni a nuestra historia. No estaba en la Historia. Había surgido de la nada y ahora que no queda rastro de él, es como si nunca hubiera existido» (p. 215).

Las pinturas y los retratos de artista que realizaba el Anderer captaban a cada uno de esos *otros* del pueblo, y a casi todos les reveló su propia ferocidad: «Y realmente ese fue el principio de su fin»; «Tenía que suceder, tenía que morir» (p. 230). «Los retratos del Anderer resultaban sorprendentes revelaciones que sacaban a la luz las verdades más profundas de la gente. Componían una galería de desollados vivos» (p. 242). Los dibujos mostraban algo terrible de cada uno de ellos y del lugar, como si fueran temibles espejos donde mirarse.

Pero esos *otros* eran «hombres que se nos parecen, escribe Brodeck, eran Fratergekeime... los que vinieron a extender la muerte y la destrucción» (p. 39). Porque la alteridad en la tensión agresiva del origen subjetivo, asimila y convierte al otro en *no semejante, extraño*, enemigo y encarnadamente sucio, despreciable, basura, lo que debe ser exterminado (*Fremder*, «sucio extranjero»).

Es terrible también el relato del retorno del sobreviviente de los campos, «de donde no se vuelve» (pp. 27, 57, 222, 275), «con el vacío negro que siempre aparece en mis sueños» (p. 23), y agrega Brodeck: «tras mi estancia en aquel campo, sé que hay más lobos que corderos» (p. 42).

Por todo esto, la redacción del Informe, nacido del dictamen del pueblo -«Serás el escriba» (p. 18)- se convierte en la escritura misma de la novela.

El inicial «Yo no tuve nada que ver» (p. 11) es paralelo a la frase que cierra el relato: «Me llamo Brodeck y no tuve nada que ver. Recuérdelo» (p. 280).

Hacia el final del relato, que cruza los diferentes tiempos de la historia del personaje, se aprecia su progresiva comprensión del vivir, después y en diferido de los acontecimientos; los relatos de cada uno de los que Brodeck *entrevista* son *restos* que les muestran parcialmente, a él y a los que sobreviven, *algo* de los que parece que han muerto antes en su lugar. ♦

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allouch, J. (2014). *Fragilités de l'analyse*. París: Minuit.
- Antelme, R. (2001). *La especie humana*. Madrid: Arena Libros. (Trabajo original publicado en 1947).
- Camus, A. (1988). *El extranjero*. Bogotá: Alianza. (Trabajo original publicado en 1942).
- Claudiel, P. (2009). *El informe de Brodeck*. Barcelona: Salamandra. (Trabajo original publicado en 2008).
- Duras, M. (1999). *El dolor*. Barcelona: Plaza & Janés. (Trabajo original publicado en 1985).
- Foucault, M. (2001). *Herméneutique du sujet*. París: Gallimard-Seuil. (Trabajo original publicado en 1981-1982).
- Freud, S. (1991). Proyecto de una psicología para neurólogos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- Freud, S. (1992). *Lo ominoso*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17, pp. 215-252). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Gil, D. (2007). *Locura y cultura*. Montevideo: Trilce.
- Gil, D. (2020). *Sobre algunas de las formas más comunes de degradación de la vida cotidiana*. Montevideo: El Pago.
- Lacan, J. (1988a). *El seminario de Jacques Lacan, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1954-1955).
- Lacan, J. (1988b). Tesis 4. En J. Lacan, *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan, libro 16: Del Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1968).
- Saussure de, F. (1965). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada. (Trabajo original publicado en 1916).
- Schweblin, S. (2011). *El núcleo del disturbio*. Buenos Aires: Planeta. (Trabajo original publicado en 2002).
- Schweblin, S. (2019). *Distancia de rescate*. Buenos Aires: Random House.
- Viñar, M. (comp.) (1998). *¿Semejante o enemigo?: Entre la tolerancia y la exclusión*. Montevideo: Trilce.
- Viñar, M. (2018). *Experiencias psicoanalíticas en la actualidad sociocultural*. Buenos Aires: Noveduc.